

La campaña militar de 1856-57

Debe ser timbre de orgullo de los pueblos centroamericanos

Francisco Ma. Núñez

Fué una lucha titánica por la libertad y una reafirmación del sentido democrático de nuestros ciudadanos.

La conmemoración del primer Centenario de esa gesta heroica ha de unir a todos los pueblos, poniéndolos a meditar en el ejemplo de los abuelos, que pensaron en una Patria Grande, tanto como en un futuro de gloria, por el respeto a los principios humanos.

Estamos a un paso del Centenario de la Campaña Militar de 1856-57. Y la conmemoración de esa gesta que cubrió de gloria a las Armas Centroamericanas, llega en los momentos más difíciles de la Historia. Hay una convulsión en el mundo todo; nuestros propios países sufren la desarticulación de los vínculos que los ataron, desde el principio de su vida política. No es la unión política la que ata a los pueblos estrechamente; son más perdurables los lazos que crean la sinceridad, la fraternidad, y el respeto a todos los principios humanos.

La Campaña de 1856-57 fué promovida por el Presidente de Costa Rica, don Juan Rafael Mora, cuando sintió que la amenaza bucanera era incontenible y que de ganar más terreno, se constituiría en un peligro para todo el Continente. Aquí se aprecia la visión del Estadista.

Primero agotó los medios pacíficos para hacer entender que el predominio de los soldados de Walker en Nicaragua, era un paso hacia la esclavitud y una ignominia para los pueblos libres. Después convocó a las armas a sus conciudadanos. Ya tenía bien informados a los otros Gobiernos del Istmo. Ya enviaba Mensajeros por el resto del Continente, para crear conciencia.

No midió los sacrificios; no pensó en la falta de militares, ni de armas ni de dineros. Ni siquiera en el problema de traslado de sus ejércitos. Consideró que se trataba de dar un paso de vida o muerte, y que lo peor era optar por la pasividad. ¡Era como entregarse sin luchar!

“La paz, esa paz venturosa que, unida a vuestra laboriosa perseverancia, ha aumentado tanto vuestro crédito, riqueza y felicidad, está pérfidamente amenazada”.

Este fué el anuncio previo, la declaración de que el Jefe velaba; a poco se produjo, lo inevitable: la convocatoria a las armas.

“A las armas! Ha llegado el momento que os anuncié...”

Y los humildes labriegos trocaron sus instrumentos de labranza por las armas. Las pocas y malas armas de que se disponía. La urgente, era revestirse de coraje: ¡disponerse al sacrificio!

* * *

Ya tenemos a los soldados costaricenses en marcha hacia Nicaragua; se contaba con que allí se darían cita inmediata los ejércitos de los otros países centroamericanos. Tardaron, pero al fin todos unidos, dieron las acciones decisivas.

Muchos sacrificios; muchos muertos. Hasta la peste del cólera fué aliada de los invasores. Pero la Justicia triunfó plenamente. Pronto se oyeron los clarines que anunciaban la victoria.

No se pensó en indemnizaciones ni reclamos. No pasó por la mente la idea de aumentar la extensión territorial con mengua del país hermano. Ni siquiera hubo sanción para quienes se convirtieron en aliados incondicionales de los Bucaneros.

Los errores se perdonan cuando hay espíritu fraternal. Hermanidad de arraigo histórico. Sentido de responsabilidad.

Ya nunca más podría volver el Jefe Invasor, que pagó con la vida su ignominia. Ya se había probado que en el suelo centroamericano deberían florecer la libertad y la democracia.

Se rechazó de plano y con sacrificio cruento la intentona de privarnos del derecho a vivir libres de todo yugo y de toda intervención oprobiosa.

Los principios humanos estaban asentados sobre base inmovible de respeto, de confraternidad, de armonía social y política.

Bien dijeron nuestros abuelos: **“Cada uno en su casa y Dios en la de todos”.**

Filosofía que no deberían abandonar las naciones del Universo. Es la voz de la experiencia y de la sabiduría popular y por boca del pueblo habla Dios.

* * *

Nunca desarrolló una obra diplomática tan intensa nuestro país. Envío Misiones al Norte y al Sur. Conmovió al mundo con sus voces víriles, proclamando el derecho a la vida libre; el respeto al hogar y la familia.

Tanto fué así, que nuevamente se habló de la Unidad Americana, de la Confederación que soñara el Libertador, y que anhelaron otros varones de América sin lograr ver realizadas sus aspiraciones.

Toledo y Escalante fueron al Sur; el Dr. Montúfar y alguno más visitaron a los Gobiernos de los otros pueblos centroamericanos.

Países como Perú, Chile y Colombia, respondieron franca y lealmente.

Los Gobernantes de Guatemala, El Salvador y Honduras se dieron cuenta de la gravedad del momento y vencieron sus propios problemas para hacer llegar sus tropas a tierra nicaragüense.

Fueron los Ejércitos Aliados los que dieron el golpe definitivo.

Y es curioso observar que en aquella jornada épica, sin precedentes en la Historia Americana, los hombres de más valía se unieron a los más humildes ciudadanos, y de consuno fueron al sacrificio. Entonces se vió, en forma práctica y conmovedora, como los pueblos centroamericanos, a la hora de la desgracia, pueden unirse y formar un frente unido, para defender su libertad y su autonomía.

Centro América dijo al mundo, por la voz de sus armas, que no quería la esclavitud. Frente a la amenaza extranjera, sólo quedaban dos recursos: pelear como bravos, para vencer con gloria o sucumbir con honor.

* * *

Costa Rica integró, desde hace más de un año, su Comisión de Investigación Histórica que reúne la más valiosa y copiosa documentación sobre los hechos reunidos hace un siglo. El libro Documental será una obra que honre a nuestra América. Se proyecta, también, escribir el juicio crítico que justifique y pondere esa hazaña guerrera.

También se trata, si Dios es servido, de organizar festejos para conmemorar dignamente ese Centenario, con la participación de Representaciones de todo el Continente.

Costa Rica llevó sus armas al triunfo; al cabo de una centuria, a su suelo han de llegar todos los ciudadanos que, pensando en la magnitud del sacrificio, en la visión de los arquitectos de la Victoria y en el sentido de hermandad, de solidaridad americana, que tuvo aquel movimiento libertario, se sientan unidos por el mismo ideal, inspirados por los mismos sentimientos, para reverdecer los laureles y exaltar las glorias de los valientes que con su sangre, sellaron la declaratoria definitiva de que los centroamericanos prefieren la muerte a la esclavitud.

Suenen los clarines y redoblen los tambores. Suelten sus voces las campanas y levanten su palabra enfervorizada los ciudadanos valientes que se sientan capaces de revivir las hazañas libertarias de sus mayores, para asegurar a nuestra América un regazo de paz, de fraternidad y libertad.

Costa Rica, Junio de 1954.